

El doctor Dick Edgar Ibarra Grasso y el hallazgo y desciframiento de la escritura indígena andina

JULIO M. LUQUI LAGLEYZE
Universidad Católica Argentina
Julioluqui@yahoo.com.ar

RESUMEN

El artículo reseña el descubrimiento de la escritura indígena andina por parte del antropólogo argentino Dick Edgar Ibarra Grasso, analiza los trabajos de investigación llevados a cabo por él y hace un análisis de las características de esta escritura de tipo jeroglífico que se halla en uso en la zona andina boliviana para los rezos católicos en las lenguas aymará y quechua.

PALABRAS CLAVE

Escritura indígena - Culturas originarias - Bolivia - Aymará - Quechua.

ABSTRACT

This article describes the discovery of the native Andean writing by the Argentine anthropologist Dick Edgar Ibarra Grasso and accounts for the researches he carried out. Also included is the analysis of the ancient Andean script, which is still used in Bolivia for the Catholic prayers in the Aymará and Quechua languages.

KEY WORDS

Native writing - Native culture - Bolivia - Aymará - Quechua.

El presente artículo no pretende ser un trabajo de lingüística ni de filología, sino sólo el relato del hallazgo por parte del historiador y antropólogo argentino, doctor Dick Edgar Ibarra Grasso, por muchos años residente en Bolivia, de una escritura de tipo “jeroglífica” en pleno uso en la zona de los Andes bolivianos a mediados del siglo XX. Esta escritura tiene al parecer origen y raíces que se remontan por lo menos a la época de la conquista, y cuyo uso, según se ha comprobado, está vigente hoy día.

Se relata el hallazgo siguiendo los escritos y trabajos que el propio Ibarra Grasso fue publicando a medida de sus avances; señalando además los antecedentes y conocimientos previos de esta escritura, desde la época de los cronistas, para terminar por dar algunas características de la misma, comparándola con otras existentes y conocidas con anterioridad. Luego veremos cuál fue la repercusión del hallazgo en el ámbito científico del momento y posterior; si se sigue usando hoy día y para qué; y finalmente quiénes han continuado en su estudio.

Se han usado para el presente trabajo los libros y artículos del propio Dr. Ibarra Grasso, así como material de investigaciones posteriores sobre el tema, y se han obtenido fotografías de piezas de la escritura indígena andina, gentilmente enviadas por el director del Museo Arqueológico de la Universidad Mayor de San Simón de Cochabamba (Bolivia), doctor David Pereira H., a quien debemos un especial agradecimiento.

EL DOCTOR IBARRA GRASSO Y SU HALLAZGO

El antropólogo e historiador Dick Edgar Ibarra Grasso nació en Concordia, provincia de Entre Ríos, en 1914. Parte de su niñez y adolescencia las pasó en Carmen de Patagones, en la Patagonia argentina. Fue en esa localidad, a través de las enseñanzas de un brujo araucano, Yankinao –según sus propios recuerdos–, que se inició en los estudios antropológicos. Llegó a ser un verdadero autodidacta, pues él mismo narraba que nunca fue a la escuela y que la educación básica la recibió de su padre. Su primer trabajo lo publicó en 1936, a los veintidós años de edad.

Su contacto con Bolivia se produjo al serle diagnosticada una tuberculosis. Según los médicos sólo le quedaban dos años de vida; por lo que decidió viajar al Altiplano con la esperanza de que el clima seco lo ayudara a curarse. Así, a los veintisiete años, recorrió la zona de La Paz, Sucre y Potosí. Fue en este viaje cuando hizo su hallazgo de la escritura indígena andina.

Ibarra Grasso vivió veintitrés años en Bolivia y durante ese tiempo realizó valiosas contribuciones al conocimiento de las culturas prehispánicas de los

Andes. Reunió una colección de 50.000 piezas arqueológicas y etnográficas, de las cuales 32.000 fueron clasificadas y estudiadas. Fundó y fue director del Museo Arqueológico de la Universidad Mayor de San Simón de Cochabamba y de los de otras universidades y ciudades bolivianas.

Obtuvo el título de doctor *honoris causa* de la Universidad Mayor de Cochabamba donde se desempeñaba como profesor. Además ejerció la docencia en las Universidades Nacionales de Tucumán y Rosario (Argentina). Fue miembro correspondiente de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires y miembro fundador y vitalicio de la Academia Nacional de Ciencias de Bolivia. Escribió alrededor de trescientos cincuenta artículos y más de treinta libros, entre los que destacan *Argentina Indígena*, *América en la Prehistoria Mundial*, *Sudamérica Indígena* y *La Escritura Indígena Andina*.

Fue un investigador polémico como pocos, uno de los fundadores y propulsores de la llamada escuela “ultradifusionista”, que sostiene que el conocimiento y los contactos transpacíficos entre Asia y América son previos al descubrimiento y este conocimiento se halla reflejado en cartografía anterior en muchos siglos a la llegada de Cristóbal Colón. Igualmente sostenía que las grandes culturas americanas poseían rasgos “heredados” de las de la antigüedad clásica a través de contactos culturales por navegación transpacífica. También realizó interpretaciones del calendario azteca y de la Puerta del Sol de Tiahuanaco, distintas de las convencionales. Murió en Buenos Aires en el año 2000 a los ochenta y seis años de edad¹.

En el año 1942, en el tomo III de las *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, el entonces joven investigador publicaba los pormenores de su hallazgo en Bolivia dos años antes, referidos a una antigua escritura de la región andina. La había hallado en uso por parte de los indígenas, no por los pobladores locales blancos o mestizos de la zona centro del país andino, y la investigación la había llevado a cabo siguiendo los rastros de muy escasas y breves referencias de investigadores anteriores, quienes, pese a haberla observado en uso, no le habían dado otra importancia que la referencia anecdótica.

El mismo Ibarra señala en el artículo referido:

A fines del mes de abril del año pasado (1940) partí para Bolivia, con objeto de realizar diversas investigaciones de carácter etnológico; entre las cuales estaba la de recoger toda la información posible sobre una especie de escritura

¹ Tomamos la biografía de Ibarra Grasso de la página web de la “Fundación Ibarra Grasso” en www.fund-ibarragrasso.org.ar, y ésta a su vez corresponde a la realizada por J. R. Arze, en su *Diccionario de Ciencias*, La Paz, 1987, pp. 97-98.

jeroglífica que se había usado en el puerto de Sampaya frente a la isla Coatí, en el lago Titicaca².

Los datos con que contaba –siempre siguiendo lo dicho por él mismo– eran escasos; sólo unas referencias publicadas en 1930 por el explorador sueco Erland Nordenskjöld³ y unos párrafos algo más extensos en la obra de Charles Wiener, *Perou et Bolivie*, editada en París en 1880. Los dos exploradores, pese a haber hallado la escritura, no le dieron más importancia que lo meramente decorativo. Nordenskjöld, por su parte, creía que era postcolombina y exclusiva de la zona de Sampaya, que era sólo usada para los rezos católicos y los artículos de la Fe y los sacramentos, y que había sido creada por un indígena que como no sabía leer ni escribir había inventado los jeroglíficos. Todas estas creencias del investigador sueco, que mostraban que sólo había observado pero no investigado su hallazgo, serían refutadas y aclaradas por Ibarra Grasso a lo largo de sus estudios.

Ibarra Grasso hallaría, con posterioridad a su primer trabajo de 1942, otros estudios sobre piezas arqueológicas conservadas, limitados al ámbito boliviano, que lo ayudarían a ampliar sus conocimientos y a datar fehacientemente sus hallazgos.

Sobre la base de las referencias citadas y de un cuero de oveja escrito con esos jeroglíficos que se hallaba en el Museo Tiahuanaco, de La Paz, nuestro investigador inició su búsqueda con muy interesantes resultados. En poco tiempo descubrió que la escritura no sólo no había sido inventada por el referido indígena aludido por Nordenskjöld, sino que era mucho más antigua; que se hallaba en uso en ese momento en buena parte de Bolivia y por miles de indígenas que la leían –eso sí– para sus rezos y preces católicas; Ibarra Grasso se había encontrado, además, con escribas y lectores y una infinidad de variantes, estilos y usos de una escritura que no estaba muerta sino plenamente viva y en evolución.

Gracias al auxilio que recibió del entonces obispo de La Paz, monseñor Abel Antezana, que la conocía y tenía un “librillo de rezos” escrito en jeroglíficos, pudo hallar muestras más antiguas y primitivas en cuanto a la simplicidad de los jeroglíficos usados. Todo ello junto a otras muestras de escritura mucho más acabadas y complejas, escritas aun con declinaciones, ideogramas fonéticos, silábicos y simbólicos usados alternativamente y en gran variedad

²“Una Antigua escritura de la región andina”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, tomo III, Buenos Aires, 1942, p. 219. El artículo fue escrito en 1941.

³En su *Comparative Ethnographical studies*, tomo 3, Gotemborg, 1930, según señala Ibarra Grasso.

y cantidad. Finalmente, los soportes de esta escritura eran de distinto carácter pues las halló grabadas sobre cueros de oveja con tintas vegetales; en papeles modernos usando anilinas; talladas y labradas en piedra; en tortas de barro cocido con elementos pequeños, como guijarros o pedazos de cerámica, y hasta modeladas en figurillas de arcilla, tal y como fueron descritas por los antiguos cronistas, según se verá.

Sus hallazgos abarcaron las provincias bolivianas de La Paz, Chuquisaca, Cinti y Potosí. En el pueblo de San Lucas, en Cinti, por ejemplo, y gracias a la ayuda del párroco de la localidad, padre Miranda Rivera, quien también había investigado y escrito sobre esta escritura, y del director de la escuela local, Ibarra Grasso tuvo la fortuna de encontrar a quienes necesitaba y hacerlos leer y escribir a dictado en su presencia, con lo que realizó comprobaciones directas del uso y la evolución de la escritura.

Fue en San Lucas, además, donde encontró las escrituras modeladas en arcilla, que son, en nuestra opinión, verdaderamente sorprendentes por su factura, su uso y su elaborado significado. Las mismas eran nada menos que el Padre Nuestro y el Ave María moldeados en figuras de arcilla, en las que cada una era un ideograma y todas se hallaban pegadas en una “torta de arcilla”, siguiendo una orientación en espiral, que se leían de afuera hacia adentro, en una forma que recuerda curiosamente a la escritura cretense.

Los otros textos que halló fueron escritos en papel común o en cueros de oveja, y la disposición de la lectura, según lo que él vio⁴ y otros ejemplares que se han publicado posteriormente, podía ser tanto en espiral de afuera hacia adentro, como en *boustrophedon*, siendo la mayoría de las veces (al menos en los cueros) el lugar de inicio de la escritura la parte inferior derecha hacia la izquierda y hacia arriba, lo que muestra a las claras que no tiene una influencia de la escritura occidental, ni siquiera en la orientación de la lectura. Lo cual, según su descubridor y descifrador, es detalle clave para atribuirle un origen anterior a la Conquista.

ANTECEDENTES DE OTRAS ESCRITURAS CONEXAS EN LA AMÉRICA PRECOLOMBINA

La escritura hallada por Ibarra Grasso, como él mismo señala, tiene similitudes con otras escrituras indígenas precolombinas, como por ejemplo las pictografías de los pieles rojas, dakotas y algonquinos, de los Estados Unidos. Al respecto Ibarra Grasso señala dos tipos distintos de pictografías de los pie-

⁴Ibarra Grasso señaló no haber visto escritos en espiral sobre papel, pero han sido publicados varios rezos escritos así tras su muerte, como veremos.

les rojas: las pictografías propiamente dichas, en las cuales las figuras no están agrupadas en líneas sino que son un cuadro y se entienden en su conjunto y en forma indivisible, y la de las figuras rigurosamente ordenadas, las cuales se leen tanto en espiral como en *boustrophedon*; con lo cual son una verdadera escritura por más simple y primitiva que puedan parecer⁵.

Otra escritura similar sería la de los indios cuna, de Panamá, cuya forma de escribir fue descubierta por el ya citado Nordenskjöld en 1925.

También para Ibarra Grasso, la escritura andina tiene similitudes de origen o al menos de estructura con la de la Isla de Pascua, y así lo escribió en un artículo suyo, introductorio de un trabajo de los soviéticos N. A. Butinov y Y. V. Knorozov sobre la escritura pascuense⁶.

Ibarra Grasso señala con acierto que en la América precolombina se encuentran varias formas distintas de escritura, pero que a la mayoría de ellas les fue negado ese carácter porque al momento de ser descubiertas por los cronistas o los investigadores estaban en tal grado de “empobrecimiento”, pues ya no se usaban o por la desaparición de la clase de “escribas” o “lectores” capaces de entenderlas, que eran ya irreconocibles⁷.

Él consideraba que las formas de escribir jeroglíficas, ampliamente difundidas por la América precolombina, se hallaban interrelacionadas, aunque sus relaciones originarias no habían sido expuestas comparativamente aún, ni mucho menos aceptadas. El área de difusión de esta escritura, siguiendo a Ibarra Grasso, iría desde los Estados Unidos, pasando por México, Panamá y la región andina hasta el noroeste argentino, donde él señala, aunque sin detallarlo, existió hasta fines del siglo XIX. Para Ibarra Grasso, representante de la escuela “ultradifusionista”, los distintos tipos de escritura en América habrían llegado en la antigüedad por contactos transpacíficos desde el Viejo Mundo y se habrían difundido por todo el continente⁸.

⁵ Cfr. “La escritura indígena andina”, en *Annali Lateranensi*, v. XII, 1948, p. 118. En estos anales publicó la primera versión de su libro. La edición boliviana es algo más desarrollada en los apéndices, con análisis de textos y con mayor cantidad de imágenes y gráficos.

⁶ IBARRA GRASSO, “La escritura pascuense” prólogo a la “Comunicación Preliminar sobre el estudio de la escritura de la Isla de Pascua” de los citados, en *Revista de Geografía Americana*, N° 245, año 24, vol. 41, diciembre de 1957, p. 158.

⁷ IBARRA GRASSO, *La Escritura Precolombina de los Antiguos Mochicas sobre Pallares o Poroto*, en *Zeitschrift für Ethnologie*, Band 95, Heft 1, 1970, pp. 98-103 (escrito y publicado en castellano).

⁸ *Ibidem*, p. 100. Sobre la teoría difusionista ver su libro *América en la Prehistoria Mundial. Difusión greco-fenicia*, Buenos Aires, TEA, 1982.

LA TEORÍA DE IBARRA GRASSO SOBRE EL ORIGEN DE LA ESCRITURA ANDINA

Para Ibarra Grasso, la escritura indígena andina hallada era de origen precolombino y extremadamente antigua, a tal grado que muchos podrían decir que no se trata de una escritura propiamente dicha. Lo curioso es cómo y por qué había permanecido desconocida, o mejor dicho ignorada –quizás por prejuicio–, desde los tiempos de la conquista. Pero él señala que lo mismo había pasado con otras escrituras, como la de los indios cunas de Panamá. Subraya, además, como interesante analogía, que tanto la escritura andina como la de los cunas, empiezan por la parte inferior derecha de la hoja o soporte y van subiendo en *boustrophedon* hacia arriba.

La escritura andina sería resto de una escritura anterior incluso a la dominación incaica, y la causa por la cual no tuvo mayor desarrollo habría sido que no fue tomada como elemento cultural propio por el Estado incaico, que la habría desechado, dando preferencia al sistema críptico y cerrado de los “quipus” y sus intérpretes, y dejando la escritura jeroglífica para uso popular sin darle mayor importancia. Para Ibarra, si el Estado inca la hubiese tomado, se la habría hallado en uso para la época de la conquista, y tan desarrollada como la escritura azteca o maya.

En apoyo de su teoría acude Ibarra en primer lugar a los cronistas de Indias. En ellos encuentra referencias –como en el Inca Garcilaso–, a sistemas mnemónicos, usados de la misma forma que él los encontró en 1940, para leer los rezos: mediante piedrecillas o porotos llamados *chuy*. En el sistema relatado por Garcilaso las piedrecillas o granos toman el lugar de las palabras a la hora de memorizar los rezos. Esta escritura con granos o porotos tendría su antecedente en otra basada en el uso de pallares o porotos pintados, elaborada y usada por los mochicas de la zona de la costa del Perú desde el siglo I a.C.⁹

Por su parte, otro cronista, el padre Joseph de Acosta, señala la existencia de pinturas y caracteres en los cuales escribían los indios la confesión de sus pecados:

Un indio traía para confesarse, pintado cada uno de los diez mandamientos por cierto modo y... luego haciendo ciertas señales como cifras que eran los pecados que habían hecho contra aquel mandamiento¹⁰.

⁹ Cfr. IBARRA GRASSO, artículo mencionado en nota 6.

¹⁰ JOSEPH DE ACOSTA *Historia Moral y Natural de la Indias*, Madrid, 1792, libro IV, cap. VII, citado por IBARRA GRASSO en su *La Escritura Indígena Andina*, La Paz, 1953, p. 37.

El mismo Acosta señala la existencia de las ruedas de arcilla con pedrezuelas, con las que los indios se aprendían el Padrenuestro y el Ave María, sabiendo qué piedrita significaba cada cosa y corrigiéndose cuando erraban con sólo mirar las ruedas de piedrecillas. El padre Acosta dice además que de estas ruedas había en los cementerios y en las iglesias para tales fines¹¹. También narra haber visto una india que traía escrita una confesión general en un quipus y con él se confesaba como si fuera un papel escrito¹².

Otros cronistas, como Sarmiento de Gamboa en su *Historia de los Incas*, hablan de paños o cuadros escritos con la historia de los incas, mandados hacer por el Inca Pachacutec, para ser depositados en una sala del Templo de Sol, custodiados y leídos por “doctores que supiesen entenderlas y declararlas. Y no podían entrar donde estas tablas estaban, sino el Inca o los historiadores, sin expresa licencia del Inca”¹³.

Por su parte, el cronista padre Fernando de Montesinos, en sus *Memorias antiguas historiales políticas del Perú* en la que hace una larga cronología de incas mucho mayor que la de Garcilaso, dando una detallada información de cada uno de ellos y mezclando edades mitológicas con registros históricos quechuas, señala la existencia de una escritura indígena de los tiempos anteriores a los incas, con sus “escribas” y “lectores” y usada por los reyes para enviar sus comunicaciones. Esta escritura habría sido abandonada y prohibida en tiempos del referido Pachacutec, expresando el cronista que lo fue a causa de malos presagios que señalaban la desgracia de quien la usase. Por ello quedó limitado el uso de registros a los quipus¹⁴.

Para Ibarra Grasso los datos de Montesinos, contrastados con los de otros cronistas, como los que señalan los cuadros de la época del mismo Pachacutec, darían por cierta la existencia precolombina de esta “escritura”, la cual en quechua era llamada *quillca*, palabra que aún hoy se usa para referirse, además, a “lo escrito”, “carta” y “mensaje”. A ella también hace mención el cronista Guamán Poma de Ayala, quien habla de la escritura y los quipus y menciona la existencia de los *quillca camayocs* o escribanos, que eran los hijos de los “apo-

¹¹ El propio Ibarra Grasso halló dos de estas ruedas de pedritas en sus investigaciones y las donó al museo de Tiahuanaco de La Paz, donde aún se conservan. Igualmente hay ejemplares en el Museo de la Universidad de San Simón que él fundara.

¹² Cfr. AA.VV., *Historiadores de Indias. América del Sur*, Madrid, Bruguera, 1972, selección de los escritos del padre Acosta, pp. 267-270. Referencia a renglón seguido del texto que menciona Ibarra Grasso de las ruedas de piedrecillas.

¹³ PEDRO SARMIENTO DE GAMBOA, *Historia de los Incas*, cit. por IBARRA GRASSO, en “La escritura indígena andina...”, cit., pp. 40-42. Al parecer cuatro de estos “cuadros” se enviaron a Felipe II, pero el barco que los llevaba se hundió.

¹⁴ Cfr. IBARRA GRASSO, *op. cit.*, pp. 44 y 45.

copas” [señores grandes]: “Estos dichos secretarios honrosos tenían quipus de colores teñidos y se llaman *quillca camayoc* [encargado de la iconografía] o *quilla uata quipoc* [el que lleva cuenta de los meses y los años]”.

Y sobre la profesión de “escribano” en el incario agrega:

En todo el reino había escribano de cabildo; éstos asentaban lo que pasaba en los dichos cada pueblo de este reino. Y había escribano real; éstos andaban asentando en los caminos reales y en otras partes. Y había escribanos nombrados; estos dichos escribanos lo llevaban los jueces y alcaldes a las provincias para que dé fe y asiente por quipo y cuenta y razón. Éstos tenían tanta habilidad, pues que en los cordeles supo tanto, ¿qué me hiciera si fuera en letra? [...] Con los cordeles gobernaba todo el reino [...] que escribía sin mentira y sin cohecho ninguno¹⁵.

Si creemos a Guamán Poma, los escribanos y la escritura debían ser algo más importante y complejo que el solo sistema contable de los quipus, pues con ellos se llevaba el gobierno entero del reino y “escribían”. Esto confirmaría lo dicho por Ibarra Grasso sobre la escritura, su antigüedad y su uso.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA ESCRITURA INDÍGENA ANDINA

La escritura estaba en pleno uso al hallarla Ibarra Grasso, con “escribas”, “lectores” y “conocedores”; tal como él lo describió en uno de sus trabajos sobre escritura de la isla de Pascua, pero refiriéndose a la de los Andes:

Esta escritura tiene tres tipos de entendidos en ella, de desigual categoría en su conocimiento: 1) los que saben leerla solamente, 2) los que saben leerla y copiarla, 3) los que directamente saben escribir, con exacto conocimiento del valor de los signos¹⁶.

La escritura indígena andina es jeroglífica, es decir que tiene signos ideográficos, simbólicos y fonéticos de aproximación; además, hay algunos que son silábicos, tomando una sílaba del primer jeroglífico y combinándola con la segunda sílaba del siguiente.

¹⁵ FELIPE GUAMÁN POMA DE AYALA, *Nueva Crónica y Buen Gobierno*. Capítulo del gobierno de los Incas, parte referida a los secretarios de los Incas y los escribanos, lam. 361. La obra completa de Poma de Ayala puede consultarse del original conservado en la Kongelige Bibliotek de Copenhague, manuscrito GKS 2232 4º: en www.kb.dk/permalink/2006/poma/

¹⁶ IBARRA GRASSO, “La escritura pascuense...”, cit., p. 158.

Cabe recordar que los idiomas para los que se ha inventado y se usa esta escritura son el aymará y el quechua; no se halla ningún escrito o rezo en castellano, salvo alguna experiencia hecha por Ibarra Grasso al dictarle a uno de los escritores, una frase, oración o el propio Himno Nacional argentino.

Para su descubridor se trata de una escritura jeroglífica plena y no de una forma de escribir meramente pictográfica, como muchos suponen. Porque según él ha comprobado, desde un quinto hasta la mitad de sus signos, según los textos que vio en uso, tienen representaciones directamente fonéticas, de la misma forma que si en castellano dibujásemos un *sol* y un *dado* y leyésemos “*soldado*”.

Las direcciones del texto en la escritura andina son casi todas las posibles, y se las puede agrupar en cuatro tipos fundamentales:

1. La escritura en espiral, al más puro estilo cretense; empezando por afuera hacia el centro los de moldeado de arcilla, y del centro hacia afuera en los discos grandes de barro cocido y con piedrecillas. Ibarra vio el estilo espiral sólo en las que llama “tortas de arcilla”, pero hay escritos de rezos en papel y cuadernos aparecidos y publicados recientemente; no obstante, los que se han publicado lo han sido sin discusión, es decir sólo se han publicado el rezo y su traducción sin mayores abundamientos¹⁷.
2. Líneas verticales empezando desde abajo hacia arriba.
3. Líneas horizontales en *boustrophedon* invertido.
4. Líneas horizontales en *boustrophedon* (esto es en “zig-zag”), que pueden empezar por cada uno de los cuatro costados del texto, dependiendo de la antigüedad del escrito o de quien lo hiciera. Los más antiguos y típicos (por ejemplo los escritos sobre cueros de oveja) empiezan por abajo, a la derecha.

La dirección originaria de la escritura es, para Ibarra, el *boustrophedon* por el lado inferior derecho. Sólo lo han perdido los textos más modernos que Ibarra se hizo escribir por un escriba (llamado Juan Limachi) el cual usaba la dirección y forma de la escritura castellana por influencia de ésta.

Para Ibarra Grasso, la escritura andina, dentro del conjunto teórico del desarrollo de las escrituras, se correspondería con el grupo de las más primitivas o protoescrituras, con un poco más de desarrollo ideográfico y simbólico que la de los pieles rojas, pero que conserva todas las características de ésta.

¹⁷ Cfr. “Ideografías Andinas”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Antropológicas*. Museo Arqueológico (INIAN –MUSEO) de la Universidad Mayor de San Simón (UMSS) de Cochabamba, serie Antropología Boliviana, N° 8, enero- febrero de 2000.

No obstante ello, hay versiones más desarrolladas, como la de la población de San Lucas, pero para Ibarra Grasso no se ha diversificado de los rasgos fundamentales y no es todavía una escritura completa y verdadera; ya que el número de sus signos no alcanza para representar todas las palabras del idioma¹⁸.

El material que Ibarra Grasso observó que se usaba era el más variado, desde el papel de cualquier naturaleza, hojas de plátano, libretas o cuadernos comprados en el comercio. Al barro y a la arcilla también los encontró en tantos lugares como a los escritos en papel. Según pudo saber, pues se lo contaron los indígenas, primero fueron los escritos moldeados en arcilla y después alguien les enseñó a escribir sobre el papel. Los escritos en piedra o sobre cueros son los más raros.

La forma de los signos utilizados es variada, ya que cada palabra debe ser escrita con un signo especial. Como los textos de esta escritura son casi en su totalidad de rezos cristianos y rogativas, el tema es acotado. Por ello los signos existentes no son tantos como para representar todas las palabras de un idioma.

Los signos varían según los lugares donde se han escrito y quienes los escriben, ya que los escribas pueden, si lo necesitan, crear símbolos nuevos, como se puede observar en los escritos publicados más recientemente (2000) por la Universidad de Cochabamba. Por lo tanto, si se contasen las variaciones, los signos serían miles, pero en realidad los usados en cada localidad como signos distintos son unos pocos centenares.

Ibarra señala en sus trabajos el hecho por él observado *in situ* de la invención de signos en el momento de la escritura, haciendo referencia a uno de los escribas que visitó y el cual le refirió que podía escribir lo que quisiera, “pensando”.¹⁹

Con respecto a los signos “ortográficos”, Ibarra señala la existencia de un signo ortográfico final, consistente en dos rayitas verticales que ponen fin a la frase o separan dos párrafos muy distintos de una oración o rezo. En otros lados estas dos rayitas se han reemplazado por dos crucecitas, una encima de otra, a las que al final de los rezos los indígenas leen en ellas “Amén Jesús”.

Los números se señalan en la forma que se ha dado en llamar “peines”, es decir de una a diez rayitas unidas por su base, como si fuesen los primeros tres números romanos pero llevados hasta el 10 y unidos debajo (I II III IIII IIII IIII y así hasta 10). En algunos casos las rayas son reemplazadas por puntos

¹⁸ Cfr. “La escritura indígena andina...”, cit., p. 121.

¹⁹ *Ibidem*, p. 25.

encolumnados de a cinco. A veces el 10 es un cuadrado y si es necesario representar el 14, éste es un cuadrado con cuatro puntos dentro.

Los signos que expresan las palabras son representaciones directas de las cosas, y son más o menos esquematizados según los lugares. Se dibuja el todo, no una parte, pero este todo es esquematizado. No obstante, a pesar de representar directamente las figuras y las cosas, los signos no tienen siempre significado directo y en ello, según su descubridor, reside el mayor interés de la escritura.

Los signos son de tres clases, como se ha dicho: ideográficos, simbólicos y fonéticos; esto hace a la escritura jeroglífica y no ideográfica.

Los ideográficos representan, unos, directamente la cosa, como una mujer, que se lee *huarmi* (“mujer” en quechua), pero hay otros indirectos, como un palito que se lee *sapa* (“solo”). Según evoluciona la escritura se van modificando los signos. Los simbólicos son más complejos, pues no se leen directos. Una cruz no se lee cruz, sino Dios; un árbol no se lee *sacha* (“árbol”) ni *yura* (“planta”), sino *huiñay* (“eternidad”, “crecimiento”, etcétera).

Los signos fonéticos son de aproximación, como los de las bromas o *rebus*. La piedra de moler (*cuna*) se usa para representar el plural quechua (-*cuna*); el plato de asado o comida, *canca*, para representar *canqui* (eres); una mata o haz de pasto, que es *ichú*, se usa por *jisú* que es como se pronuncia Jesús en quechua. El ojo (*nayra*) se usa para representar la palabra “primero” (que también es *naira*). Todo, todos, todas, que es *tucuy*, se representa dibujando un pedazo de tela llamada *tucuyo*. Este signo lo hemos visto en “escritos” actuales (2000)²⁰ con el agregado de poner dentro del cuadrado de tela, casi en forma imperceptible, las letras “tu” para reafirmar que es *tucuy*.

El uso de signos fonéticos que fue descubierto por Ibarra en su investigación ha variado con el tiempo y los lugares. Así, por ejemplo, en algunos se usa un perro (cuyo ladrido en quechua es ejemplificado como *kan-kan*) para la palabra *canqui* (eres), en vez de emplear el plato del asado.

En algunos lugares se usaba la representación de un vidriecito (*quispi*) para expresar “libre” o la “claridad” y la “luz del día”, y en otros más recientes se puede observar el uso de unos óvalos, uno blanco y uno negro, para representar el día y la noche o uno de dos mitades para representar la noche de un día determinado. Si se trata de tres días y tres noches se repite tres veces el óvalo blanco y/o el negro.

La evolución de los signos se observa claramente si comparamos los presentados por Ibarra Grasso hace casi cincuenta años con los más modernos realizados en el 2000 sobre los doce rezos y fórmulas de pedidos a la divinidad

²⁰ *Ibidem*, nota 16.

para mejores cosechas (pedir lluvia, contra las tormentas y las heladas) y para la salud de la familia, hechos por un “escriba catequista” de la comunidad sarayaka, y editados por la Universidad Mayor de San Simón en su *Boletín del Instituto de Investigaciones Antropológicas* (N° 8).

En estos, si bien la cruz sigue leyéndose Dios, aparece la palabra *cristoj* (de “Cristo” en quechua) como una cruz encerrada en un triángulo y coronada por tres picos; también aparece *Jesucristo* en la forma estilizada de un crucificado.

Estos son sólo algunos casos de ideogramas y signos, puesto que son tantos y tan variados que su enumeración completa resulta casi imposible, sobre todo al observar los complejos y extensos escritos de la población de San Lucas que recogió Ibarra Grasso en sus años en Bolivia, donde la cantidad y las combinaciones exceden toda posibilidad de clasificación rápida.

LA REPERCUSIÓN DEL HALLAZGO EN EL ÁMBITO CIENTÍFICO

El primer trabajo de Ibarra Grasso, editado por *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* fue escrito en plena Segunda Guerra Mundial, en 1942, y publicado en una revista de escasa circulación regional, con poca difusión aún dentro de la Argentina. El propio autor señala en sus siguientes trabajos que volvió a Buenos Aires a mediados de 1941 y presentó sus investigaciones en la Sociedad Argentina de Antropología, las que serían publicadas al año siguiente, como se ha indicado.

Ibarra Grasso cuenta que en esa oportunidad las pruebas que llevaba y que demostraban el origen precolombino de la escritura fueron consideradas suficientes y ni uno solo de los investigadores presentes contradujo sus trabajos. Ibarra consideraba este hecho como “extraordinario”, ya que era la primera vez que en el seno de una sociedad científica se aceptaba la existencia de una escritura indígena andina; incluso, hasta la aparición de su investigación, todos los presentes habrían negado la posibilidad de su existencia²¹.

La siguiente publicación de su trabajo se hizo seis años después (1948) en el volumen XII de los *Annali Lateranensi* del Vaticano, donde la investigación tomaría ya la forma del que luego sería libro bajo el mismo título: *La escritura indígena andina*. En esta publicación, hecha en español, la investigación se muestra más acabada y más completa, si bien no cuenta con la cantidad de apéndices y gráficos que contendría el libro definitivo.

²¹ Cfr. IBARRA GRASSO, *op. cit.*, p. 16.

No sabemos qué repercusión pudo tener el trabajo, pero suponemos, por el hecho de que fuese escrito en castellano, que debió ser escasa entre los estudiosos de otros idiomas, poco afectos a leer en español.

La edición definitiva, efectuada en La Paz en 1953 por el Estado boliviano, tuvo difusión en el ámbito regional y académico, pero por acción de su autor, ya que entonces la llegada de libros de edición boliviana al resto del mundo –incluso al de habla hispana– era escasa, y aún lo es hoy.

En posteriores trabajos de Ibarra Grasso pueden leerse veladas quejas a la poca aceptación o interés que pudo haber despertado, fuera de la región, su descubrimiento. En su artículo sobre la escritura pascuense se queja amargamente, con referencia a sus estudios comparativos de las dos escrituras:

Hemos expuesto varias veces nuestro descubrimiento a varios investigadores del país y también por carta a otros del exterior, pero no hemos encontrado otra cosa que la incomprensión y la indiferencia; incomprensión en los que negaban que la escritura pascuense pudiese representar palabras e indiferencia en los más, que nada entendían del problema²².

Por otra parte, la poca aceptación o difusión del descubrimiento puede ser atribuible a la creencia arraigada en los investigadores de que en la Sudamérica precolombina no se había conocido la escritura. Dicha creencia, que a la luz de los hallazgos es sin duda errónea, tiene su base original, según Ibarra Grasso, en la mala lectura de los textos de los cronistas de Indias, que señalaron en forma tajante: “que los incas no conocieron ninguna clase de letras”. En igual situación se colocó en su momento a México, “porque no llaman letras a los jeroglíficos”²³.

En 1990, el Gobierno boliviano le otorgó al eminente estudioso, en reconocimiento a los servicios prestados al país, la condecoración Cóndor de los Andes, en el grado de comendador. En esa oportunidad, en declaraciones a la prensa local (diario *La Razón*, de La Paz, 10 de octubre de dicho año) Ibarra Grasso resumía así sus principales aportes al país, dando especial importancia al descubrimiento de la escritura:

En ese tiempo –veintitrés años en Bolivia– he encontrado unas 32.000 piezas arqueológicas, que ha quedado en el país. Uno de los descubrimientos más notables creo que es el de la escritura indígena. Se había negado la existencia

²² Cfr. IBARRA GRASSO: “La escritura pascuense”, cit., p. 158.

²³ Cfr. Introducción al trabajo publicado en los *Annali Lateranensi*, p. 9.

de esta escritura jeroglífica entre los indígenas sudamericanos, disminuyendo su elevación cultural²⁴.

Por su parte, en el boletín citado del INIAN, de la Universidad de San Simón de Cochabamba, se señala en el Editorial que luego del trabajo realizado por el profesor Dick Edgar Ibarra Grasso, que concluye con la publicación de su libro, llama la atención lo poco que se ha avanzado en el conocimiento de la escritura ideográfica indígena —“rezos”—. Y en la introducción al trabajo sobre las “Rogativas andinas”, en el mismo boletín, Walter Sánchez y Ramón Sanzetenea señalan que el descubrimiento de los textos ideográficos escritos por campesinos de las comunidades quechua y aymará ha llevado a los investigadores al estudio del dilema de si verdaderamente existió o no una “escritura” en los Andes y si era posible escribir con este sistema otro tipo de textos que no fueran los religiosos. Tal debate tuvo sus defensores y sus detractores, y a largo plazo, señalan, “se ha mostrado infértil, en tanto no ha permitido profundizar más acerca del significado de esta escritura en las sociedades indígenas y cómo ésta se halla integrada al sistema sociocultural y al pensamiento religioso de las comunidades que la practican”.

CONCLUSIONES

Se ha tratado de realizar una reseña del descubrimiento de la escritura andina por parte del doctor Dick Edgar Ibarra Grasso, y, siguiendo sus investigaciones, dar una mirada al posible origen de la escritura, a sus características internas, a su interpretación y su repercusión en el ámbito académico.

Siguiendo las características señaladas por Ibarra Grasso, se pueden resumir los alcances de la escritura indígena andina señalando que es de origen y antigüedad no muy precisos, aunque parece indudablemente precolombina gracias a los datos aportados por los cronistas, la relectura de los mismos hecha por Ibarra Grasso y las particularidades intrínsecas, propias y no occidentalizadas de la escritura.

Los soportes más antiguos en que fue plasmada la escritura son la arcilla, la piedra y el cuero, y antes de ellos eran usadas las piedrecillas sueltas y los pallares en reemplazo de los sellos.

El uso de la escritura estaba, a mediados del siglo XX, aún extendido por toda la zona andina de Bolivia y el sur del Perú, y hoy día, según las investi-

²⁴ p. A20.

gaciones de la Universidad de Cochabamba, al parecer todavía subsiste su uso, al menos en la forma de los “doce rezos” de la rogativa andina.

La dirección originaria de la escritura es la de *boustrophedon*, empezando por la parte inferior derecha; existen además otras formas, como las de lectura vertical y en espiral y la más moderna, influenciada por la escritura europea, de izquierda a derecha.

La escritura es jeroglífica pura, ya que hay signos de interpretación directa junto a los simbólicos, los fonéticos y los silábicos. Además, es al parecer apta para escribir todo tipo de textos, no sólo los rezos o el catecismo, no obstante lo cual esa es su función principal, a tal grado que los indígenas la llaman precisamente así, “rezos”.

Debido a sus características fonéticas, esta escritura fue creada y es usada exclusivamente para las lenguas aymará y quechua, y no se la emplea *ex-profeso* para el castellano, salvo los casos experimentados por Ibarra Grasso, que son los únicos registrados. Es más, en el caso de usarse para el castellano, los signos de la escritura pasan todos a ser ideográficos, perdiéndose casi la totalidad de los fonéticos.

La cantidad de signos es inconmensurable, están en permanente evolución y pueden aparecer otros por ser posible la adaptación y la invención de signos por parte de los escribas, como lo comprobó *in situ* Ibarra Grasso.

Los textos pueden ser leídos por los “escribas” y los “lectores” sin necesidad de saber de antemano lo que dicen, mientras que el común de los usuarios tiene memorizados los rezos y se guía por los signos.

Los usuarios de la escritura son docenas de miles, según Ibarra, y debido a su difusión, él no creía factible su desaparición. A cincuenta años de sus investigaciones, y de acuerdo a lo que han registrado las publicaciones de la Universidad de Cochabamba, se sigue utilizando en las “rogativas” y “rezos”, según se ha visto, lo que confirmaría la aseveración de su descubridor. Es de esperar que nuevas investigaciones confirmen si sigue en uso más allá de lo meramente religioso.

BIBLIOGRAFÍA DEL DR. DICK EDGAR IBARRA GRASSO, DONDE SE HACE REFERENCIA A ESCRITURAS PRECOLOMBINAS AMERICANAS, ORDENADA CRONOLÓGICAMENTE

1939 - *Las numeraciones indígenas americanas*, Buenos Aires, Editorial Coni.

1942 - “Una antigua escritura de la región andina”, Buenos Aires, *Relaciones de la SAA*, tomo III, Buenos Aires, pp. 220-239.

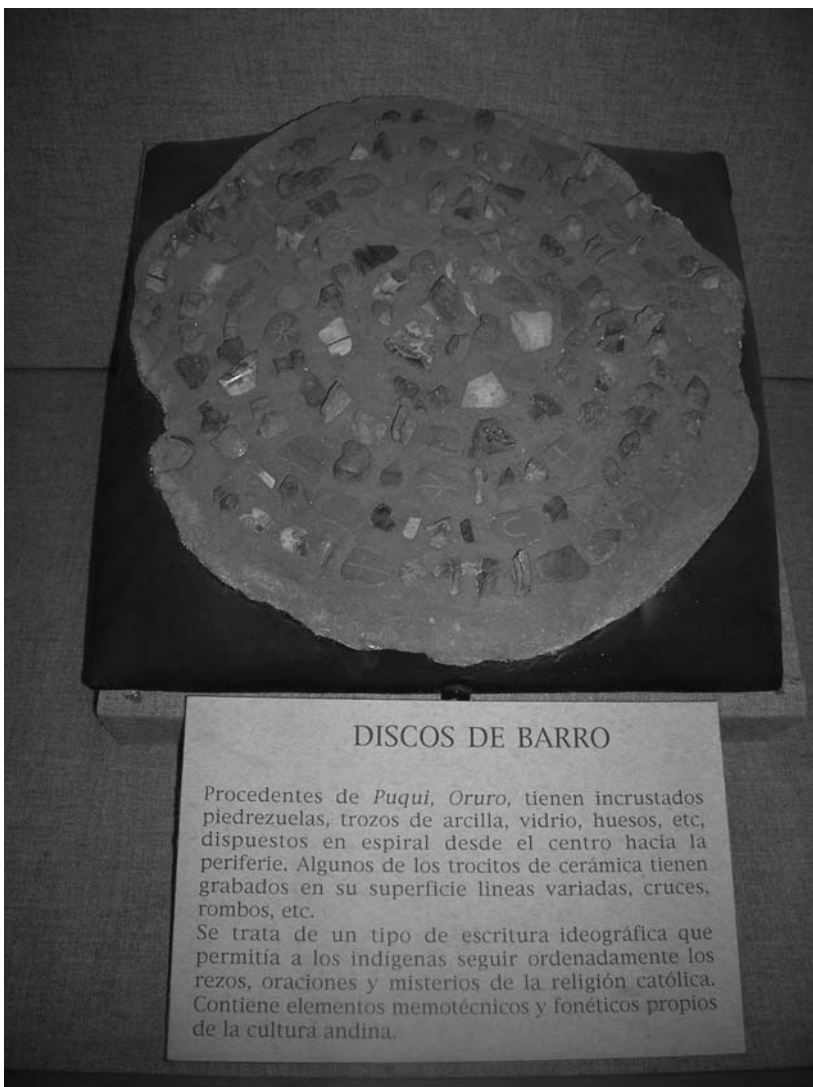
- 1948 - *Una antigua escritura de la región andina*, Buenos Aires, Archivos Ténos.
- 1948 - “La escritura indígena andina”, *Annali Lateranensi. Del Pontificio Museo Missionario Etnológico*, Vaticano, vol. XII.
- 1953 - *La escritura indígena andina*, La Paz, Alcaldía Municipal Biblioteca Paceña, Bolivia, 1953.
- 1958 - *Lenguas indígenas americanas*, Buenos Aires, Nova.
- 1967 - *Argentina indígena y Prehistoria americana*, Buenos Aires, TEA; 2ª edición, 1971; 3ª edición, 1981; 4ª edición, 1991.
- 1968 - “Sobre la inexistencia del cero en la escritura maya precolombina”, *Universidad*, N° 76, Santa Fe, *Universidad Nacional del Litoral* (pp. 84-94).
- 1970 - “La escritura precolombina de los antiguos mochicas sobre pallares o porotos”, *Zeitschrift fur ethnologie*, Braunschweig, Band 95, Heft 1. En castellano, además, en *Instituto de Antropología*, N° 4, Rosario, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Rosario (pp. 99-103).
- 1993 - *Sudamérica indígena*, Buenos Aires, TEA.

APÉNDICE

Fotografías de piezas de escritura indígena andina



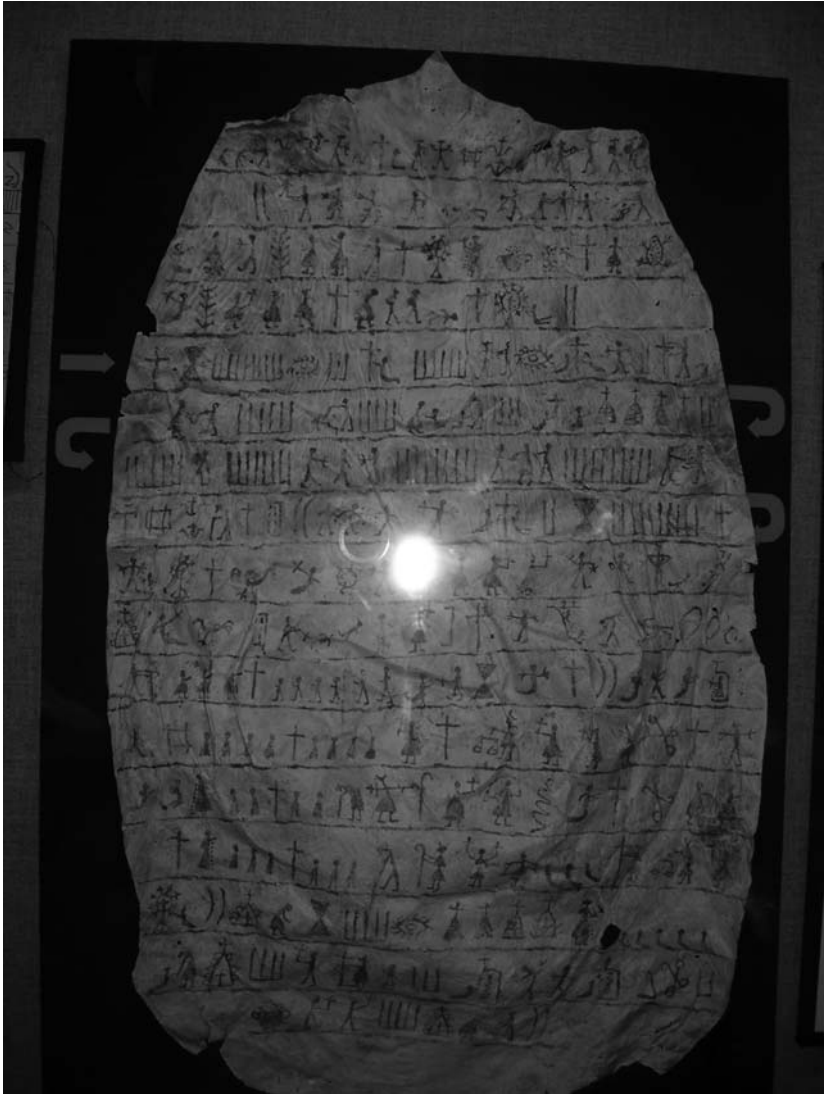
Vitrina del Museo de la Universidad Mayor de San Simón de Cochabamba con muestras en distintos soportes de la escritura indígena andina, hallados y donados por Dick Edgar Ibarra Grasso. Fotos gentileza del Director del Museo. Octubre de 2007.



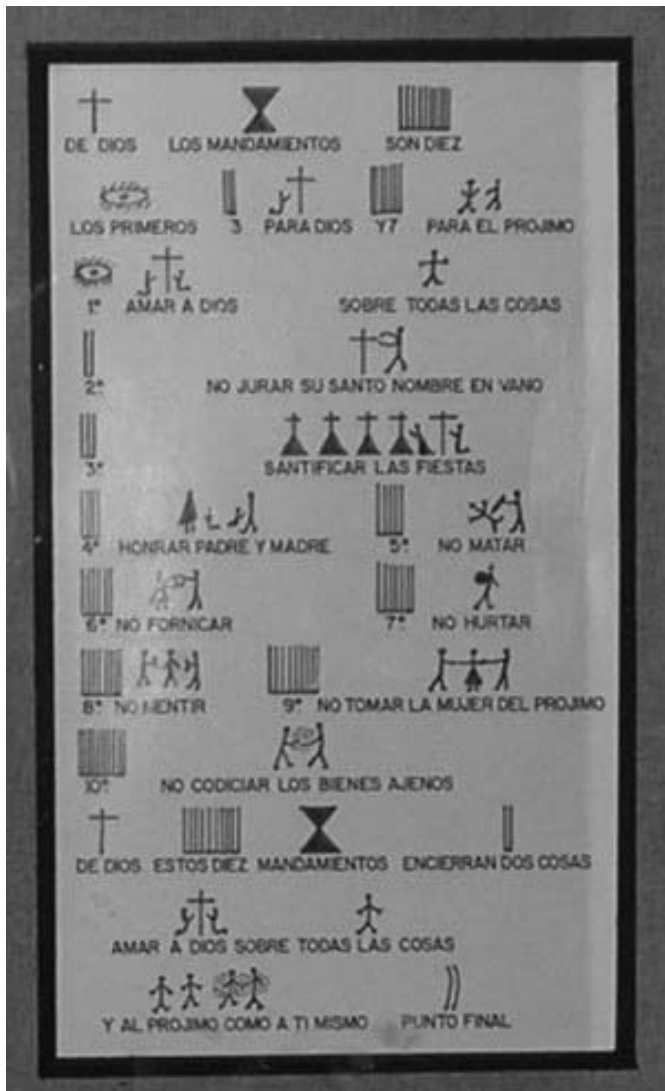
Disco de barro que contiene rezos “escritos” con piedrecillas, pedazos de cerámica, vidrio y otros elementos simbólicos y fonéticos. Foto UMSS. 2007.



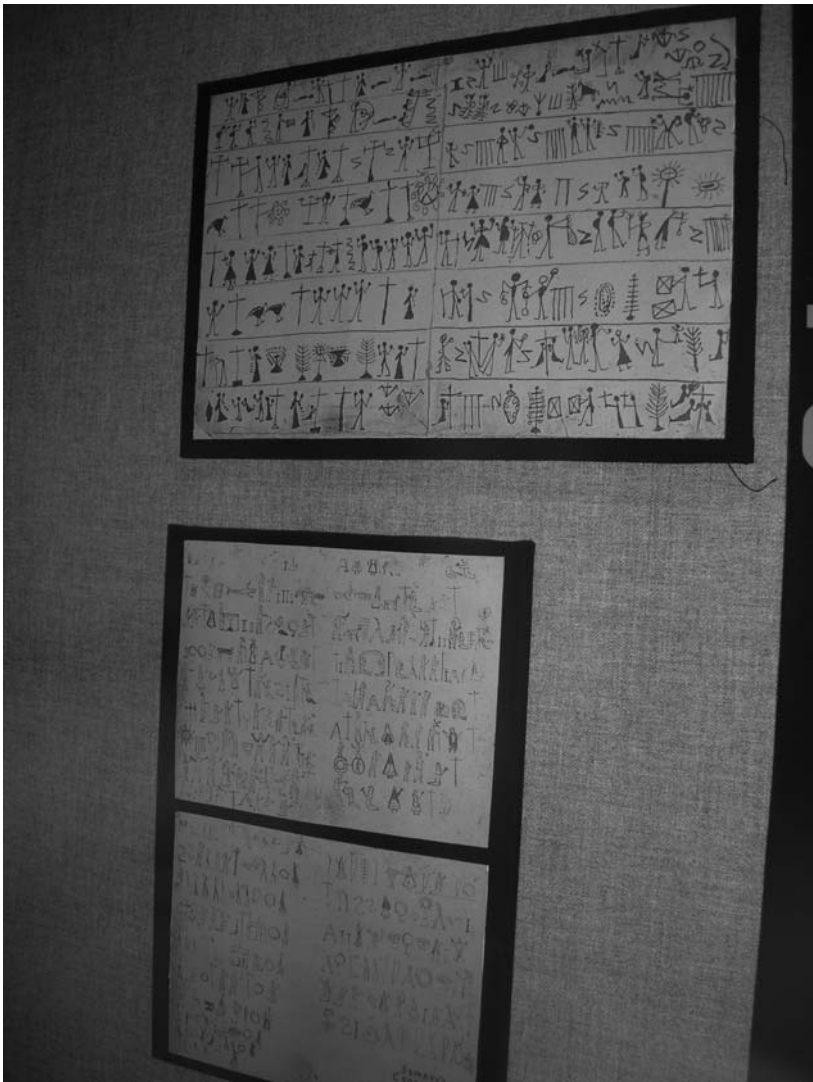
Disco de barro de gran tamaño que contiene un texto más elaborado: los artículos de la Fe y los Diez Mandamientos.



Cuero de oveja pintado que contiene, entre otros, los Diez Mandamientos.
Foto: UMSS. Octubre 2007.



Traducción de los Diez Mandamientos escritos en el cuero de oveja.
Foto UMSS. Octubre 2007.



Escrituras sobre papel con anilinas de colores.
Foto UMSS. Octubre 2007.